

Fero ninguna de estas cosas hacen por ahora al caso.

A su tiempo asistiremos con el héroe de nuestra historia á aquella lucha gigantesca de los Reyes Católicos contra los últimos descendientes de Mahoma, que aun vivian en las tierras pertenecientes á las coronas que ostentaban en sus reinos aquellos dos monarcas; lucha cuyos episodios no dejan de ser interesantes y dignos de mencion, por más que todo el mundo sepa cuán grande y cuán majestuoso fué el resultado de ella, no sólo para la nacion española, sino para la religion cristiana.

Volvamos á Colon.

---

## Capitulo XXI.

---

Desaliento.

En medio de su profunda amargura, no pudo ménos, pasada la primera impresion, de buscar un consuelo á su afligido corazon, elevando su pensamiento á la Providencia.

—Soy un loco, —se dijo; —¿cómo he podido dar pábulo al sentimiento que ha nacido en mi alma? ¿Por ventura el extranjero que viene sin más recurso, sin más amparo que la carta de un venerable sacerdote alejado del mundo, sin más títulos que su amor á la ciencia y sus deseos de ofrecer sus conquistas á una nacion, tiene derecho para quejarse del desden de una ilustre dama, que ha podido muy bien arrepentirse de una bondad impremeditada?

—¿Qué he hecho yo, qué soy en el mundo, para aspirar á tanta ventura?

—¡Ah! Yo he creído que su piedad era interés, que la dulzura que revelaban sus ojos era amor.... ¡Una ilusión más, que ha muerto como las otras!

Ni me ama, ni ha pasado por su imaginación la idea de corresponder á mi afecto.

De lo contrario, ¿se habría alejado de esta suerte, me habría ocultado al marcharse sus desisgios?

No, no; esto no ha sido más que un momento de esperanza, una tregua á mis desventuras: todo ha acabado para mí.

Pero la Providencia me recuerda mis deberes. Si, ella ha despertado en mi mente una idea para que la realice; me exige toda clase de sacrificios, porque el premio es muy grande.

Al mismo tiempo, un hijo, un tierno fruto de un amor más dulce, más apacible, lo espera todo de mí. Yo debo desafiar por él las iras de la fortuna, y sacrificarlo todo á su porvenir.

Colon pensó que podría llevar á cabo la resolución que en aquellos momentos le aconsejaba la prudencia.

Por desgracia, no debía suceder así.

—Pero momentáneamente se dejó dominar por su ambición de gloria.

—La lucha me hará olvidar las dulzuras que he soñado con un amor imposible. ¿Y por qué no he de luchar? ¿Acaso no me ha dado Dios fuerzas suficientes para sufrir y para vencer?

Mañana volveré á ver al confesor de la reina. Si no me escucha, iré á palacio, imploraré yo mismo la

merced de que me oigan los soberanos, removeré cuantos obstáculos se opongan á mis deseos, y si no me escuchan, si me abandonan, si me desprecian, buscaré otros países, otros reyes, otros seres poderosos que me amparen.

Pero una reflexión más dolorosa aún vino á desanimarle de nuevo.

En la vida se malogran á veces las empresas más grandes por las causas más pequeñas.

Colon vió que la bolsa que había debido á la caridad de fray Juan Perez de Marchena estaba vacía.

Por más que Beltran, en nombre de su ama, le había hecho los mayores ofrecimientos, había creído impropio de su delicadeza aceptar recursos pecuniarios, y la verdad era, que no contaba con medio alguno para atender á sus necesidades.

Se hallaba además en país extranjero, sin amigos, sin afecciones, y antes de emplear sus fuerzas en la lucha, que debía darle por resultado la derrota ó el triunfo, necesitaba, para poder entregarse á estas negociaciones, que debía absorber toda su atención, ocuparse en adquirir los recursos más precisos para atender á su subsistencia, para pagar al posadero los cuidados que le había prestado y el precio de su hospedaje.

Como en Portugal, hizo mapas, fabricó globos y buscó los medios de vender estos objetos.

Afortunadamente, halló un mercader morisco que se los compraba á bajo precio, para venderlos con ganancia.

Aunque con escasez, pudo vivir, y una vez satisfechas las exigencias más apremiantes de su vida, resolvió abiertamente llevar á cabo su anterior propósito.

Un impulso más vehemente que los que hasta entonces habia sentido, le animaba á buscar el triunfo ó el desengaño.

Aun cuando habia querido olvidar á Beatriz, le era imposible borrar de su pensamiento la imagen de aquella mujer angelical.

La amaba, sí; estaba seguro de que la amaba con toda su alma.

Pero aun cuando creyera que podia corresponder á su afecto, que podria algun dia otorgarle su mano, ¿cómo acercarse á ella para ofrecerle sonrojos y desventuras?

Necesitaba realizar sus proyectos, conquistar gloria para su nombre, añadir á su gloria las riquezas que su trabajo debia conseguir, y entonces, sólo entonces, era cuando podia ofrecer todos sus triunfos á las plantas de aquella mujer, dándole la seguridad de que sólo le guiaba el cariño al tomar aquella resolución.

Como habia permanecido enfermo y retirado bastante tiempo, aun cuando dió mucho que hablar en la corte, no sólo por que habian presenciado su primera entrevista con fray Fernando de Talavera algunos altos personajes, sino por que algunos de ellos habia servido de pretexto para justificar la calumnia que habian levantado á Beatriz, todos le olvida-

ron, y cuando un paje anunció de nuevo al confesor de la reina su llegada, no dejó de causarles gran sorpresa.

Fray Fernando de Talavera mandó á su familiar que introdujese á Colon en su antecámara y aguardase sus órdenes.

Más de una hora estuvo aguardándole, y viendo llegar á otras personas que entraban desde luego á ver al confesor de la reina, y de las cuales murmuraban los criados, que no iban más que hacerle perder tiempo.

Pero eran personajes ilustres de la corte, y Colon tenia que devorar en silencio la amargura de su alma, al ver que se le postergaba á aquellos hombres á quienes no creia superiores á él.

Al cabo de mucho tiempo, dió orden fray Fernando de Talavera para que entrase el extranjero.

—¿Supongo que ya habreis desistido de vuestros planes?—le dijo apenas le vió.

—Vuestra eminencia me ha juzgado mal, si lo ha creído así.

—Mis razones tengo para ello.

—No comprendo...

—Sin ir más lejos, hace ya muchos dias que me pedisteis una audiencia por recomendacion de mi buen amigo fray Juan Perez de Marchena. Os recibí y quedásteis en volver á verme poco despues. Como no habeis venido, he creído que habiais renunciado á vuestras ilusiones, y contestando á una carta que he recibido de vuestro protector, pidiéndome que si te-

nia noticias vuestras se las comunicase, le contesté diciéndole que ya estabais completamente curado de vuestro propósito, y que no necesitábais de mi apoyo, puesto que no habeis venido á buscarme.

Colon pensó entonces que habia sido un ingrato no dando cuenta de todo lo que le habia sucedido á su noble amigo el prior de Santa María de la Rábida.

Las desdichas que le habian pasado en aquel tiempo le habian hecho faltar á un deber, porque no era sólo fray Juan Perez de Marchena el que tenia derecho á saber lo que le pasaba, sino su hijo, su pobre Diego, que estaba abandonado.

Este argumento le contristó en extremo.

Y no era que se hubiese olvidado un solo instante de su hijo, sino que deseaba, al escribir al padre Perez de Marchena, dar buenas noticias.

—¿Con que decís que me he equivocado?—añadió el confesor de la reina.

—Sí; hoy, más que nunca, estoy seguro de la realizacion de mi empresa; hoy más que nunca, necesito la proteccion de los monarcas de España. Por eso vengo á preguntaros si estais dispuesto á apoyarme en mis pretensiones.

—Ya os dije en un principio que los reyes están preocupados con la reconquista de las ciudades que aun poseen los moros, y no digo yo tratándose de una suposicion, pero aun cuando fuera de un hecho positivo, de una cosa segura, no pueden distraer su atencion de las altas miras que les animan, ni hay

en el tesoro tanta sobra de dinero, que pueda desperdiciarse en costear empresas aventuradas. Por mi parte, haré cuanto pueda en vuestro obsequio. ¿Qué es lo que deseais?

—Ser recibido por los reyes.

—Dificil es. Su majestad el rey no se ocupa más que de la guerra. A todas horas celebra conferencias con los más valerosos capitanes. La reina preside su Consejo casi todos los dias, y uno y otro lo sacrifican todo al triunfo de la Cruz sobre la Media Luna.

Todo lo más que puedo hacer por vos, ya que veo en vuestro traje que sufrís los rigores de la fortuna, es socorrerós cuando esteis apurado.

—La única limosna que pido á vuestra eminencia,—dijo Colon con dignidad,—es la de que me proporcionen una entrevista con los soberanos.

Si quereis complacerme, si por consideracion á fray Juan Perez de Marchena, ó á mi desdicha, me dispenseis este beneficio, mi gratitud será eterna. Si no me creeis digno de vuestro amparo, sé resignarme con la desgracia, y no quiero agradecer nada más que á los que me estimen por lo que valgo.

Esta contestacion hirió en extremo al confesor de la reina, y con bastante sequedad:

—Podeis retiraros cuando gustéis,—le dijo.—A pesar de las palabras que acabais de proferir, haré por vos todo cuanto me sea posible.

Desgraciadamente, la entereza de Colon le hizo perder los deseos que en favor suyo se habian despertado en Fray Fernando de Talavera, y como faltó

el apoyo de doña Beatriz, no solamente no volvió á hablarse en palacio de Cristóbal Colon, sino que cuando, recordando la reina la súplica que le habia hecho su camarista antes de partir, preguntó alguna que otra vez á los que la rodeaban por el extranjero, le dieron á entender que habia renunciado á sus planes, y hasta trataron de extender á él la calumnia con que habian ofendido á Beatriz.

Todas las puertas se cerraron entónces al que más tarde debia llenar el mundo con su gloria.

Colon escribió una sentida carta á fray Juan Perez de Marchena, contándole todas sus desventuras, y anunciándole que se hallaba dispuesto á abandonar para siempre á España.

«Ya que habeis sido bueno para mí,—le decia;—ya que os habeis apiadado de mis desdichas; ya que habeis admitido en vuestra santa casa al pobre desvalido, al pobre loco, concentrad en el hijo los buenos sentimientos que os ha inspirado el padre, sed su amparo durante algun tiempo.

»Yo voy á partir de España, voy á recorrer otros países, voy á ofrecer á otros reyes mis proyectos; y si en esta peregrinacion hallo el fin á mis dias, si todas las puertas se me cierran, si la desgracia se ensaña en mí, enseñad á mi hijo á amar la virtud, é inspiradle los sentimientos religiosos que hacen al hombre acatar sumiso los decretos de la Providencia.

»No puedo permanecer más aquí.

»Mis recursos se han acabado por completo. El

escaso producto de mi trabajo no basta para cubrir mis más escasas atenciones.

»Antes que morir en la miseria, en el abandono, quiero perecer luchando; este es mi destino.

»Antes de partir, espero vuestra bendicion.»

Envió aquella carta á Santa María de la Rábida, y dos dias despues se presentó en la posada de mae-se Repulgo el bueno de Matías.

El anciano llegaba ébrio de gozo, porque no habia olvidado á Colon, y como sabia que iba á prestarle un gran servicio, deseaba por momentos verle.

A esta satisfaccion se unia la de poder ver á su hija.

—Por acá estamos todos,—dijo Matías, revelando en su rostro el contento de su alma.

—¿Vos por aquí? ¡Gran alegría me dais!

—Me ha mandado venir á veros fray Juan Perez de Marchena.

—¡Siempre tan bondadoso! ¿Y habeis visto á mi hijo?

—Yo lo creo; tan guapo como está. Me ha encargado que os diera un apretón de manos muy fuerte.

—¡Hijo mio!

—Pero está bueno y gordo, y es muy aplicado. Los padres le quieren que se desviven por él.

Pero vamos á nuestro asunto: esto me ha dado para vos el prior.

Y al decir esto, sacó del cinto una bolsa bien repleta y una carta, en la que el superior del conven-

to de la Rábida anunciaba á Colon que le enviaba algunos recursos, y en la que le pedia por su afecto que no abandonase á España.

«Quiero para mi patria la gloria que anhelaís ofrecerla,—le decia.

»Si fray Fernando de Talavera no ha hecho caso de mi recomendacion, si no os ha comprendido, algun dia lo sentirá.

»Os envio otra carta para el superior del convento de Mercenarios de esa ciudad.

»Fray Pedro Antunez es un santo varon, compasivo en extremo, sábio, modesto, y será vuestro amigo.

»El os prestará toda clase de apoyo. Tardareis más en que se realice vuestro deseo que si el confesor de la reina hubiera tomado á su cargo vuestra pretension.

»Pero no desmayeis, hijo mio, tened confianza en la Providencia.

Mi corazon me dice que conseguireis el triunfo tarde ó temprano, y no debeis ausentaros de España.»

Colon no pudo contener las lágrimas que asomaron á sus ojos.

Y besando la carta:

—¡Ah! Si todos los hombres fueran como fray Juan Perez de Marchena, la desesperacion no seria compañera de la adversidad.

Y dirigiéndose á Matías.

—¿Vos pensais volver á la Rábida?

—Debia irme en seguida; pero habiendo llegado hasta aquí, ¿cómo me voy sin ver á mi hija?

—¿A Inés? —preguntó Colon, sintiendo que se despertaba de nuevo en su alma un sentimiento que tenia amortiguado.

—Pues, ya sabe su merued que es camarista de doña Beatriz, que vive al lado; y ¿cómo no he de ir á darla un abrazo? Su madre quiso venir conmigo. ¡Pobrecilla! Apenas supo que nuestra Inés estaba tan bien colocada, se le quitó la tristeza, y ya está tan gorda y tan guapa, que dá gusto verla.

—¿Pero vos no sabeis que doña Beatriz se ha ausentado de Córdoba?

—¿Con mi hija?

—Sí, con vuestra hija y con toda su servidumbre.

—No lo sabia. ¿Y adónde ha ido?

—Eso es precisamente lo que ignoro.

—Alguien habrá quedado que pueda darme noticias.

Precisamente en aquellos dias se habia ausentado Beltran, y la casa de doña Beatriz estaba cerrada.

—Pues lo que es yo,—dijo Matías,—no me voy sin ver á mi hija. ¡No faltaba otra cosa! Yo averiguaré dónde se halla.

—¡Ah!—se dijo Colon, olvidándose de todos sus propósitos.—Averiguadlo y volved á decídmelo.

Matías no aguardó á que le dieran dos veces aquella orden.